

El día después

A primera hora de este día el ánimo de Chile y de sus habitantes será una gran confusión. Los que celebran, los abatidos, los conformistas, los triunfalistas en la derrota, los desafortunados, los que buscarán triunfos morales. Chile se detendrá por unas largas horas mientras se analizan noticias, resultados, pormenores propios de toda elección. Se buscarán los rostros de los que escupieron al cielo, los intransigentes, los soberbios y esperemos que hayan resultado electos los que debieran hacerle bien a nuestra Región y a nuestro país.

Muchas apuestas individuales de quienes se sintieron capaces de representar una opinión para lograr el desarrollo de una idea, de un territorio o del país pasarán pronto al olvido. Las reglas de la democracia son fijas y drásticas. El poder del pueblo informado y estimulado debería ser el que, en definitiva, se pronuncie.

El drama se presenta cuando el poder no se ejerce; cuando ha sido vulnerado por la presión del medio; cuando se ha convencido a su titular de que ir a votar es innecesario; cuando se ha logrado entronizar el hecho de que las cosas seguirán igual; etc.

Estamos viviendo una época compleja. Jóvenes desatentos de su entorno; excesiva influencia de los medios y de las redes sociales; pasividad y comodidad; justificación banal y desapego. Todos son distractores de la voluntad del pueblo y, seguramente, a partir de hoy lo estaremos percibiendo, analizando y, en muchos casos, dándonos de cabeza contra un muro por no haber sido más inteligentes y perceptivos.

Hay rabia en el ambiente, amordazado por la propaganda que, en los últimos dos meses, nos hicieron olvidar algo de los verdaderos problemas. Comenzará a tomar fuerza el reajuste del sector público y aparecerán los contubernios para el proceso que habrá de seguir.

Estamos llamados a estar atento y no olvidar. Los que tenemos buena memoria no olvidaremos las promesas falaces, las intrigas e insultos proferidos por aquellos que, a cualquier costa, quisieron ocupar un puesto.

Necesitamos una nueva política y nuevos rostros. Por decencia nacional es necesario que la gente buena, la que se alejó de los partidos, vuelva a tomar las riendas y reordenar a una juventud que, pronto, deberá hacerse cargo de nuestra nación cuando ya nosotros no podamos. Que tremendo país y que desorden les estamos heredando.